
ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Habitación en casa de Angelo.

Entran ANGELO, ESCALO, el JUEZ, el ALCAIDE,
ALGUACILES y acompañamiento.

- ANG. La ley no debe ser un espantajo
Con que se engaña al ave de rapiña
Hasta que, al verlo inmóvil, se habitúa,
Y, exenta de terror, sobre él se posa.
- ESC. Bien está. La cuchilla afilaremos;
Pero, al herir, que levemente corte,
Y no que caiga y contundente mate.
¡Válgame Dios! El noble á quien salvara
Tuvo un padre excelente. Meditadlo
Vos mismo, Alteza, á quien honrado juzgo
Como el que más. Si concordado hubieran
Con las pasiones vuestras excitadas
El sitio con la hora, con el sitio
El deseo; si acaso los impulsos
De vuestra sangre, enérgicos, tan sólo
Del ansia vuestra dependido hubieran,

Decid si alguna vez en vuestra vida
 No hubierais el delito perpetrado
 Que en él hoy censuráis, sobre vos mismo
 Atrayendo á la ley.

ANG. La tentación, Escalo, es una cosa,
 Y otra cosa el pecar. Negar no quiero
 Que entre los doce miembros de un jurado
 Que á un culpable al patíbulo condena
 No haya un par de ladrones más culpables
 Que el prisionero mismo. La justicia
 De lo que ve patente se apodera.
 ¡Que ladrones condenan á ladrones!
 ¿Qué le importa á la ley? La cosa es clara.
 La joya recogemos que encontramos
 Porque la vimos. Lo que no hemos visto
 Pisamos sin pensar jamás en ello.
 Atenuar la ofensa no es posible
 Porque yo cometí faltas iguales.
 Más bien decidme, á mí que lo censuro,
 Que cuando ofenda yo de igual manera,
 Mi sentencia ha de ser mi propia muerte,
 Y á todos mida con igual rasero.
 Que él hoy muera es preciso.

ESC. Como os plazca.

ANG. ¿En dónde está el alcaide?

ALCAI. (Adelantándose.) Aquí, Excelencia.

ANG. A las nueve mañana ejecutado
 Cuidad que Claudio quede. Que le busquen
 Un confesor. Decid que se prepare.
 Su peregrinación mañana cesa.

(Vase el Alcaide.)

ESC. (Aparte.)

¡Dios lo perdone y nos perdone á todos!

¡Se sube y baja de diversos modos!
 El vicio encumbra y la virtud abate.
 Quien sin cesar á la virtud combate
 De la justicia elude toda pena,
 Y una falta no más á otro condena.

Entran CODO y ALGUACILES conduciendo á ESPUMILLA
 y POMPEYO.

CODO.—Vamos, traedlos aquí. Si en un Estado se considera gente honrada á la que no hace más que maldecir en público, no conozco yo la ley. Traedlos aquí.

ANG.—Vamos á ver. ¿Cómo os llamáis y qué ocurre?

CODO.—Con permiso, Excelencia, soy alguacil del Duque humilde, y me llamo Codo. Apoyándome en la ley, traigo ante Vucencia á dos famosos bienhechores.

ANG.—¡Bienhechores! ¿Qué clase de bienhechores son? ¿No serán, acaso, malhechores?

CODO.—Con permiso de Vucencia, no sé exactamente lo que son; pero de seguro son grandes bellacos exentos de la profanación que debe acompañar á todo buen cristiano en el mundo.

ESC.—Bien dicho. Discreto alguacil es éste.

ANG.—Vamos, ¿qué gente es ésta? ¿Os llamáis Codo? Codo, ¿por qué no habláis?

POMP.—No puede sino por los codos.

ANG.—¿Quién sois vos?

CODO.—¿Ese? Un mozo de taberna, un rufián, criado de una tunanta, cuya casa en las afueras, Excelentísimo señor, fué arrasada, y que ahora sigue su tráfico en una casa de baños que estimo yo de malísima fama también.

ESC.—¿Cómo lo sabéis?

CODO.—Por mi mujer, que ante el cielo y Vucencia me detesta.....

Esc.—¡Cómo! ¿Vuestra mujer?

CODO.—Sí, señor, y gracias al cielo es mujer honrada.

Esc.—¿Y por eso os detesta?

CODO.—Digo, señor, que me detesta, como en su caso también detestaría yo; que es casa de mala nota, y más vale que así sea, pues es casa perversísima.

Esc.—¿Cómo lo sabéis, señor alguacil?

CODO.—Vaya, señor, por mi mujer, quien, si hubiera sido dada á la incontinencia, acusada acaso hubiera sido de adulterio y de toda clase de impurezas en esa casa.

Esc.—¿Por causa de esa mujer?

CODO.—Sí, señor. Por causa de Doña Recocida; pero como le escupió al rostro lo espantó.

POMP.—Señor, con permiso de Vucencia, no fué así.

CODO.—Pruébalo, como hombre probo, ante este pelafustán.

Esc.—(A Angelo.) ¿Observáis como trastrueca?

POMP.—Señor, allí llegó adelantada en su embarazo, apeteciendo, con perdón de Vucencia sea dicho, ciruelas asadas. Teníamos, señor, solamente dos en casa, que en esa remotísima ocasión se hallaban como si dijéramos en un frutero, en un plato que valia unos seis maravedís. Vucencia habrá visto acaso platos semejantes. No son platos de China, pero excelentes platos son.

Esc.—Vamos, vamos. Poco importa el plato.

POMP.—Mucha verdad, señor. Ni lo que vale un alfiler. En eso tenéis razón; pero vamos al caso. Como digo, esta señora de Codo, estando como dije, embarazada y en meses mayores, y apeteciendo, como decía, ciruelas asadas, y no habiendo más que dos en un plato, como llevo dicho, el señor de Espumilla, este mismo sujeto,

habiéndose comido las otras que había, como dicho queda, y, como digo, habiendo pagado honradamente su valor, pues, como os consta, señor de Espumilla, yo no pude daros los tres maravedises del cambio.....

ESPUM.—Es verdad.

POMP.—Corriente. Estando vos rompiendo los huesos de las susodichas ciruelas.....

ESPUM.—Eso hacía.

POMP.—Pues corriente. Diciéndoos yo, ya haréis memoria, que Fulano y que Mengano no tenían cura del mal que ya sabéis, como no tomaran apropiada dieta, según os dije.....

ESPUM.—Todo eso es verdad.

POMP.—Pues, entonces, corriente.

ESC.—Vamos, eres un necio insoportable. Al caso. ¿Qué le han hecho á la mujer de Codo que da ocasión á su queja? Llévame á lo que se hizo con ella.

POMP.—Vucencia no puede ir á eso todavía.

ESC.—Ni yo lo pretendo tampoco.

POMP.—Pero con vuestro permiso, señor, á ello iréis. Os ruego que atentamente observéis á este señor de Espumilla, señor de ciento y cincuenta ducados de renta, cuyo padre murió el día de Todos los Santos. ¿No fué el día de Todos los Santos, señor de Espumilla?

ESPUM.—La vispera de Todos los Santos.

POMP.—Pues corriente. La verdad sobre todo. Sentado este señor, como digo, en una silla baja en la sala de los racimos de uvas, donde tanto sentaros os agrada.... ¿No es cierto?

ESPUM.—Sí. Porque es habitación ventilada y á propósito para el invierno.

POMP.—Pues corriente, entonces. La verdad ante todo.

ANG. Para acabar su cuento necesita

Una noche de Rusia, donde largas
 Como en parte ninguna son las noches.
 Siga ante vos el pleito, y justa causa
 Espero halléis para azotar á todos.

Esc. Lo propio espero yo. Que Dios os guarde.

(Vase Angelo.)

Vamos á ver, seguid. Una vez más, ¿qué ocurrió con la mujer de Codo?

POMP.—¿Una vez más? Si no ocurrió cosa alguna una vez.

Cono.—Ruego, señor, que le preguntéis qué hizo este hombre á mi mujer.

POMP.—Ruego, señor, que me lo preguntéis.

Esc.—Bien. ¿Qué le hizo este caballero?

POMP.—Suplícoos, señor, que miréis atentamente á la cara á este caballero. Señor de Espumilla, servíos mirar á Su Excelencia. Es con sano fin. ¿Ha visto Vucencia con toda atención su cara?

Esc.—Sí, señor, perfectamente.

POMP.—Pero suplico á Vucencia que en ella se fije bien.

Esc.—Eso hago.

POMP.—¿Ve Vucencia daño alguno en esa cara?

Esc. Pues no.

POMP.—Pronto estoy á deponer bajo juramento que la cara es lo peor que tiene. Pues bien; si la cara es lo peor que tiene, ¿cómo es posible que el señor de Espumilla hiciera daño alguno á la mujer del alguacil? Dígalo, si no, Vucencia.

Esc.—Tiene razón. ¿Qué contestáis, señor alguacil?

Cono.—En primer lugar, con vuestro permiso, la cara

es reputada, este hombre es reputado y su ama es mujer reputada.

POMP.—Por mi fe, os juro que su mujer es más reputada que nosotros todos juntos.

CODO.—¡Mientes, bellaco; mientes, bellaco infame! Nunca fué mi mujer reputada ni con hombre, ni con mujer, ni con infante.

POMP.—Señor, reputada era antes que con él se casara.

ESC.—¿Quién tendrá más razón? ¿La justicia ó la briba? ¿Es verdad esto?

CODO.—¡Oh miserable! ¡oh canalla! ¡oh cruento Aníbal! ¿Reputarla yo antes de casarme con ella? Si alguna vez la reputé, ó ella me reputó á mí, ni me crea Vucencia empleado del Duque humilde. Pruébalo, cruento Aníbal, ó te acusaré de haberme atropellado.

ESC.—Si os pega un bofetón, acusadlo también de haberos calumniado.

CODO.—Vaya. Doy gracias á Vucencia. Lo que Vucencia ordene haré yo con este bribón.

ESC.—Señor alguacil, puesto que oculta este sujeto en su persona perversidades que os agradaría evidenciar si pudierais, dejémosle seguir su camino hasta que sepáis cuáles son.

CODO.—Vaya. Doy gracias á Vucencia. Ya ves lo que te pass, ruin bellaco. Tienes que seguir tu camino, bellaco. Tienes que seguir tu camino.

ESC.—(Á Espumilla.) ¿Dónde nacisteis, amigo?

ESPUM.—Señor, aquí, en Viena.

ESC.—¿Tenéis ciento cincuenta ducados de renta?

ESPUM.—Si Vucencia gusta, señor.

ESC.—Bien. (Á Pompeyo.) ¿Qué oficio tenéis?

POMP.—Mozo de taberna, señor. Mozo de una pobre viuda.

Esc.—¿El nombre de vuestra ama?

POMP.—Recocida.

Esc.—¿Ha tenido más de un marido?

POMP.—Nueve, señor. Recocida por el último.

Esc.—¡Nueve! Venid aquí, señor de Espumilla. Señor de Espumilla, no está bien que tengáis tratos con mozos de taberna. Ellos os sacarán lo que tengáis, y vos los llevaréis á la horca. Que no vuelva á oír hablar de vos.

ESPUM.—Gracias, señor. Por mi parte, ahora digo que sólo sacándome de mis casillas he entrado en una taberna.

Esc.—Basta y sobra, señor de Espumilla. Id con Dios.

(Vase Espumilla.)

Venid aquí, señor mozo de taberna. ¿Cómo os llamáis, señor mozo de taberna?

POMP.—Pompeyo.

Esc.—¿Qué más?

POMP.—Nalgas.

Esc.—Verdaderamente es lo más notable que tenéis, y, por lo tanto, sois en mala parte Pompeyo el Grande. Pompeyo, sois, hasta cierto punto, un rufián, por mucho que lo coloréis llamándoos mozo de taberna. ¿No es así? Vamos, decid la verdad. Os tiene más cuenta.

POMP.—Francamente, señor, soy un desdichado que tiene que vivir.

Esc.—¿Cómo queréis vivir, Pompeyo? ¿Siendo un rufián? ¿Qué idea tenéis de ese oficio? ¿Es oficio lícito?

POMP.—Si la ley lo consintiera, sí, señor.

Esc.—Pero la ley, Pompeyo, no lo consiente, y no lo consentirá jamás en Viena.

POMP.—¿Va Vucencia á mutilar á todos los jóvenes de la ciudad?

ESC.—No, Pompeyo.

POMP.—Pues, francamente, entonces ello continuará. Si Vucencia metiera en cintura á galanes y mujerzuelas, nada había que temer de rufianes.

ESC.—Con buena mano se dará comienzo á ello. Yo os lo aseguro. No hay más que decapitar y ahorcar.

POMP.—Si por diez años seguidos decapitáis ó ahorcáis á todo el que así delinca, obligado os veréis á proporcionaros otras cabezas. Si esta ley se cumple, arrendaré en Viena, dentro de diez años, la mejor casa de la ciudad por tres maravedís al día. Si vivís para entonces, decid que Pompeyo lo profetizó.

ESC.—Gracias, buen Pompeyo, y en pago de vuestra profecía oíd. Os aconsejo que no hagáis por que os presenten ante mí acusado, fuere de lo que fuere, otra vez. No. Ni aun de vivir donde ahora vivís. Si esto ocurre, Pompeyo, á palos iréis á vuestro sitio, y me mostraré perverso César para con vos. A fin de que lo entendáis, Pompeyo, os haré azotar. Conque, por esta vez, Pompeyo, pasadlo bien.

POMP.—Gracias, señor, por vuestro buen consejo (Aparte.), que seguiré según mis propensiones y las circunstancias lo ordenen.

¿Azotes darme á mí? ¡No, por mi vida!

Azote á su rocín el carretero.

¿Dejar mi oficio yo? No se intimida

Tan fácilmente corazón entero.

(Vase.)

ESC.—Venid aquí, señor Codo. Venid aquí, señor alguacil. ¿Cuánto tiempo há que sois alguacil?

CODO.— Señor, siete años y medio.

Esc.— Creí, teniendo en cuenta vuestra aptitud para el cargo, que lo habíais ejercido algún tiempo. ¿Decís que siete años?

CODO.— Y medio, señor.

Esc.— ¡Válgame Dios! Mucho debéis haber sufrido. Hacén mal en daros tanto trabajo. ¿No hay en vuestro distrito gentes que sean también aptas para servirlo?

CODO.— Pocas, á fe, que tengan el talento necesario para ello. Como estos cargos son de elección, les acomodó elegirme á mí, y yo lo sirvo por alguna que otra moneda que me dan, y lo hago todo.

Esc.— Oid. Traedme los nombres de seis ó siete personas de las más aptas que haya en vuestro distrito.

CODO.— ¿A casa de Vucencia?

Esc.— A mi casa. Id con Dios.

(Vase Codo.)

¿Qué hora será?

JUEZ.— Las once.

Esc.— Os ruego que os vengáis á comer conmigo.

JUEZ.— Mil gracias, señor.

Esc. La condena de Claudio me contrista,
Mas remedio no tiene.

JUEZ. Es su Excelencia Angelo severo,
Y necesario es. Lo que juzgamos
Muchas veces clemencia, no es clemencia.
El perdón causa es de reincidencia.
Mas ¡pobre Claudio! Pero no hay recurso.
Nos iremos, señor.

(Vanse.)

ESCENA II.

Otra habitación en casa de Angelo.

Entran el ALCAIDE y un SIRVIENTE.

SIRV. Se ocupa en una causa. Presto viene.
Le diré que aquí estáis.

ALCAI. Hacedlo, os ruego.

(Vase el sirviente.)

Lo que quiero sabré. Quizá se apiade.
Su ofensa es ¡ay! ofensa imaginaria:
De toda secta y toda edad delito.....
¡Y él por eso morir!

Entra ANGELO.

ANG. ¿Qué ocurre, alcaide?

ALCAI. ¿Deseáis que mañana Claudio muera?

ANG. ¿La orden no tenéis? ¿Y no os lo dije?
¿A qué más preguntar?

ALCAI. Temor tenía

De apresurarme. Con permiso vuestro,
Cumplida ya la ejecución, he visto
Arrepentido al juez de su sentencia.

ANG. Está bien. Eso queda á mi cuidado.
Cumplid ó dimitid el cargo vuestro.
Falta ninguna hacéis.

ALCAI. Perdón os pido.

¿Y con Julieta, que incesante gime,

ANG. Qué hemos de hacer, señor? La hora se acerca.
Que á otro sitio más propio la conduzcan
Disponed, y arreglado prontamente.

Vuelve á entrar el SIRVIERTE.

SIRV. Aquí la hermana está del sentenciado,
Y hablaros solicita.

ANG. ¿Tiene hermana?

ALCAI. Sí, señor, virtuosísima doncella
Que pronto debe entrar en un convento,
Si es que no ha entrado ya.

ANG. Pues bien, que pase;

(Vase el sirviente.)

Ved que esa meretriz de albergue mude;
Lo preciso le den, no lo superfluo;
Órdenes vos tendréis para este caso.

ALCAI. ¡Guarde Dios á Vuecencia! (Retirándose.)

Entran ISABEL y LUCIO.

ANG. ¡Deteneos
Un momento tan sólo! (Á Isabel.) Bien venida.
¿Qué queréis?

ISABEL. Desolada pretendiente
Soy de Vuecencia yo; dignaos oirme.

ANG. Está bien. ¿Qué tenéis que suplicarme?

ISABEL. Por un vicio que más que vicio alguno
Detesto yo, que más merece el golpe;
Según lo entiendo yo, de la justicia,
Tengo que pleitear aunque no quiera.
Tengo que pleitear porque me hallo

Entre el querer y el no querer en lucha.

ANG. Está bien; ¿qué queréis?

ISABEL. Tengo un hermano
Que condenáis á muerte. Su delito
Condenad, no á mi hermano.

ALCAI. (Aparte.) ¡La eficiencia
De conmover que le conceda el cielo!

ANG. ¡Condenar, no al actor, sino al delito!
Antes de cometerse, condenado
Está todo delito. Mis funciones
Quedarían á cero reducidas
Condenando las faltas que las leyes
Castigan y absolviendo al delincuente.

ISABEL. ¡Oh justas leyes, pero cuán severas!
Tuve un hermano entonces. Dios os guarde.

(Retirándose.)

LUCIO. (Aparte á Isabel.)

Tan pronto no cejéis. Rogad de nuevo.
Tiradle del vestido. Prosternaos.
Mostráis hasta frialdad. Quisierais sólo
Un alfiler, y menos energía
No pudierais mostrar. ¡A él, os repito!

ISABEL. ¿Es forzoso que muera?

ANG. Sin recurso.

ISABEL. Sí; pienso que pudierais perdonarle,
Sin que ofendiese al cielo ni á los hombres
Vuestra piedad.

ANG. No quiero.

ISABEL. Mas pudierais

Si quisierais.

ANG. Oid: yo hacer no puedo

Lo que no quiero hacer.

ISABEL. Pero posible

Os fuera hacerlo sin dañar á nadie
Si os hubiera la lástima llamado
Al corazón como ha llamado al mío.

ANG. He pronunciado su sentencia; es tarde.

LUCIO. (Aparte á Isabel.)

Mostráis hasta frialdad.

ISABEL. ¿Tarde? ¡No, vaya!

La frase que se escapa se recoge,
Creedme vos. Ni insignia de magnate,
Ni corona real, ni espada augusta,
Bastón de mando, ni imponente toga,
Adornan la mitad de lo que á todos
Adorna la clemencia.

Si hubierais vos en su lugar estado,
Delinquierais cual él; en cambio, duro,
En vuestro caso él, con vos no fuera.

ANG. Os ruego que os vayáis.

ISABEL. ¡Que fuera mío

Vuestro poder, y el de Isabel el vuestro!
Acaso esto ocurriera. Yo os diría
Lo que es un juez, lo que es un acusado.

LUCIO. (Aparte á Isabel.)

Conmoverlo, bien va; seguid la vena.

ANG. De la justicia es gaje vuestro hermano,
Y malgastando estáis vuestras palabras.

ISABEL. ¡Válgame Dios! Las almas todas fueron

Gajes de la justicia; pero supo
Condonarlas al fin quien como á nadie
Razón para cobrarse le asistía.

Si quien por cima está de todo juicio
Os juzgase cual sois, ¿de vos qué fuera?

Pensad en esto; y la clemencia entonces,
Regenerado sér, en vuestros labios
Sentiréis palpitar.

ANG. Doncella hermosa,
Tened resignación. La ley condena,
No yo, al hermano vuestro; mi pariente,
Mi hermano fuera, fuera el hijo mío,
É igual sería. ¡Morirá mañana!

ISABEL. ¡Mañana, ay Dios, cuán pronto! Perdonadle.
Perdonadle. No se halla preparado
Para morir. A la estación se espera
Para matar la caza que comemos.
¿Y al cielo vamos á servir manjares
Con menos interés que á toscos seres?
¡Señor, mi buen señor, reflexionadlo!
¿Quién pereció por esa falta suya?
La han cometido muchos.

LUCIO. (Aparte á Isabel.) Muy bien dicho.

ANG. La ley no estaba muerta, dormitaba.
Si el que primero atropelló las leyes
De su desmán hubiera respondido,
En tal falta esos muchos no cayeran.
Despierta ya, se ocupa en lo que pasa;
Y, cual profeta, al ver en un espejo
De nuestro porvenir ignotos males,
Ó que engendra el descuido y que incubados
Van á nacer, su desarrollo evita,
Y antes que vida tengan los destruye.

ISABEL. Mostrad alguna compasión siquiera.

ANG. La nuestro más cuando me nuestro justo,
Compadeciendo á aquel que no conozco
Y á quien puede dañar ofensa impune
Y un bien confiero á quien su culpa paga,

Pues falta nueva cometer no puede.
Resignación tened. Mañana mismo
Morirá vuestro hermano. ¡Conformaos!

ISABEL. Así, pues, vais á ser vos el primero
Que tal sentencia da, y él quien la sufra.
¡Ah, sí! Tener las fuerzas de un gigante
Es excelente cosa. Tiranía
Es; sin embargo, cual gigante usarlas.

LUCIO. (Aparte á Isabel.)
¡Bien dicho!

ISABEL. Si los hombres poderosos
Tronar pudieran como trueno Jove,
Jove jamás tranquilo se vería.
El funcionario, por rüin que fuera,
Con su Olimpo tronara y más tronara.
¡Oh bondadoso cielo!
Con tu rayo sulfúreo y penetrante,
A la nudosa y resistente encina
Hiendes más bien que al deleznable mirto;
Pero el hombre orgulloso, el hombre ornado
De breve exigua autoridad, que ignora
Lo que le consta más, su esencia frágil,
Cual mono adusto, ante los altos cielos
Tan caprichosamente se conduce
Que á los ángeles lágrimas arranca;
Y si nuestros impulsos los guiasen,
A fuerza de reir reventarían.

LUCIO. (Aparte á Isabel.)
Muchacha, ¡á él, á él! Va á perdonarlo.
Se ablanda; lo estoy viendo.

ALCAI. (Aparte.) ¡Dios lo quiera!

ISABEL. Comparar no debemos con nosotros
Al prójimo jamás. Discreta gente

Embroma con los santos y son chistes,
Profanación en los que menos valen.

LUCIO. (Aparte á Isabel.)

Por buen camino vais. Seguid, muchacha.

ISABEL. Lo que iracunda frase es en el jefe,
Es blasfemia en la boca del soldado.

LUCIO. (Aparte á Isabel.)

¿Cómo vos lo sabéis? Seguid con eso.

ANG. ¿Para qué acumuláis sentencia tanta?

ISABEL. Porque el poder, aunque cual todo yerra,

Una especie de bálsamo contiene

Que del mal las heridas cicatriza.

Al pecho golpead, entrad adentro;

Decidle al corazón de qué se acuerda

Que asemeje á la falta de mi hermano.

Si culpabilidad como la suya

Natural confesare, en vuestra lengua

No debe resonar un pensamiento

Que de mi hermano á la existencia atente.

ANG. (Aparte.)

Habla con tanto juicio que en mi juicio

Comienza mella á hacer. Que Dios os guarde.

ISABEL. ¡Deteneos, señor!

ANG.

Dejad lo piense.

Mañana aquí volved.

ISABEL.

Oídme cómo

Pretendo sobornaros. ¡Deteneos!

ANG.

¿Sobornarme?

ISABEL.

Con dádivas tan ricas

Que el cielo y vos recibiréis unidos.

LUCIO. (Aparte á Isabel.)

Lo echabais á perder sin eso todo.

ISABEL. No con monedas de oro contrastadas,

Ni con piedras costosas, cuyo precio,
 Alto ó bajo, depende de la moda,
 Sino con oraciones eficaces
 Que al cielo ascenderán, ahí penetrando,
 Antes que salga el sol; con oraciones
 De immaculados seres, de doncellas
 Que ayunan en el claustro, cuyas almas
 Asunto alguno terrenal ocupa.

ANG. Bien. Mañana volved.

LUCIO. (Aparte á Isabel.) Bien va. Partamos.

ISABEL. Guarde Dios á Vucencia.

ANG. (Aparte.) Amén. Pues corro
 Ya de la tentación por el camino
 Donde las oraciones nos atajan.

ISABEL. ¿A qué hora debo yo ver á Vucencia?

ANG. Cuando gustéis: antes del mediodía.

ISABEL. Dios os guarde.

(Vanse Isabel, Lucio y el Alcaide.)

ANG. De ti. De tus virtudes.

Mas ¿qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Es culpa suya
 Ó mi culpa tal vez? ¿Mayor pecado
 Es el ser seductor, ó seducido?
 Ella no. No sedujo. Soy yo solo,
 Que, expuesto al sol, al par de la violeta
 La aroma, corrompido sér, no exhalo
 De aquella flor en ocasión propicia.
 ¿Posible es que la modestia tiene
 Mas que la liviandad nuestros sentidos?
 ¿Con tanta tierra inculta pretendemos,
 Por ventura, arrasar los santuarios
 Y establecer allí los muladares?
 ¡Oprobio, oprobio, oprobio! Tú ¿quién eres?

¿Qué haces, Angelo, tú? Di, ¿la querrias,
 Por lo que la realza, para el vicio?
 ¡Ah, que viva su hermano! Los ladrones
 Tienen razón para robar, si roban
 Hasta sus mismos jueces. ¿Qué? ¿La amo,
 Pues que escucharla nuevamente ansío
 Y hartarme con sus ojos? ¿Es un sueño?
 Enemigo sutil, tu anzuelo cebas
 Con santidad para pescar al santo.
 La tentación más peligrosa es esa
 Que, por amor á la virtud, nos hace
 Caminar por la senda del pecado.
 Ni una vez sola meretriz alguna,
 Con sus hechizos múltiples y artes,
 Mi espíritu excitar ha conseguido;
 Mas la doncella esta virtuosa
 Ha logrado en completo subyugarme.
 Hasta este punto mismo, si veía
 A un hombre enamorado, sonreía.

(Vase.)

ESCENA III.

Habitación en una cárcel.

Entran, por distintos lados, el DUQUE, disfrazado de fraile,
 y el ALCAIDE.

DUQUE. Que Dios os guarde, alcaide. Tal os creo.

ALCAI. Lo soy. ¿Qué se os ofrece, digno fraile?

DUQUE. La caridad y mi bendita Orden

A visitar me obligan á los presos

De esta cárcel. Dejadme que los vea
 En uso del derecho que me asiste,
 Y conocer hacedme sus delitos
 Para auxiliarlos como el caso pida.

ALCAI. Más de eso haré, si fuere necesario.
 Una aquí viene. Ved: señora es ésa
 Que de su juventud cayó en las llamas
 Y su reputación pavesas hizo.
 Está encinta y su amigo sentenciado,
 Joven que reincidir mejor pudiera
 Que perecer por semejante causa.

Entra JULIETA.

DUQUE. ¿Cuándo debe morir?

ALCAI. Mañana, creo.

(Á Julieta.) Esperad. Tengo todo preparado,
 Y seréis conducida.

DUQUE. Óyeme, ¿estás arrepentida, hermosa,
 Del pecado que en ti se ve patente?

JUL. Sí. Mi vergüenza penitente sufro.

DUQUE. Deja que á hacer examen de conciencia
 Te enseñe; así sabrás si es verdadero
 Ese arrepentimiento ó deceptorio.

JUL. Lo aprenderé gustosa.

DUQUE. ¿Al hombre, dí, que te ha ofendido aun amas?

JUL. Cual amo á la mujer que lo ha ofendido.

DUQUE. ¿Esa acción tan culpable, según eso,
 Fué de común acuerdo cometida?

JUL. Fué de común acuerdo.

DUQUE. Pues entonces
 Mayor que el suyo tu pecado ha sido.

JUL. Sí. Lo confieso, padre, y me arrepiento.

- DUQUE. Hija, así debe ser; pero no sea
 Que arrepentida estés porque el pecado
 Te condujo al oprobio; pues sería
 Eso pensar en ti, mas no en el cielo,
 Y viérase que al cielo respetabas,
 No por amor, sino por miedo sólo.
- JUL. Mi contrición de mi pecado es hija,
 Y con placer acepto mi vergüenza.
- DUQUE. ¡Basta! Tu compañero me aseguran
 Que ha de morir mañana. A darle auxilio
 Ahora voy.
- JUL. Dios os lleve.
- DUQUE. Benedícite.

(Vase.)

- JUL. ¡Ha de morir mañana! Ley tremenda
 Que vida me concede, cuyo goce
 Es mortal agonía.

- ALCAL. Lo lamento.

(Vanse.)

ESCENA IV.

Habitación en casa de Angelo.

Entra ÁNGELO.

- ANG. Cuando á rezar, cuando á pensar me pongo,
 Divagan mis ideas y oraciones;
 Recibe el cielo mis palabras huecas;
 Y, sin la lengua oír, mi pensamiento
 Se fija en Isabel. Está en mi boca

El cielo cual si el nombre masticase,
 Y está en mi corazón mi villanía,
 Que el alma fortalece y agiganta.
 Mi ciencia, el arte de mandar, es obra
 Que, bien escrita, á fuerza de leerse,
 Árida y marchitada considero.
 Hasta mi seriedad—nadie me escuche—
 Que antes era mi orgullo, ya gustoso
 Por la frívola pluma trocaría
 Que caprichosamente mueve el aire.
 ¡Oh posición! ¡Oh vanas apariencias!
 Vuestra envoltura y traje, ¡qué á menudo
 De terror estremecen al menguado;
 Qué á menudo á las gentes más discretas
 Subyugan con su aspecto mentiroso!
 ¡Sangre! ¡sangre serás eternamente!
 De Luzbel en las astas «Angel bueno»
 Podremos esculpir, pero, no obstante,
 No será su cimera.

Entra un SIRVIENTE.

¡Hola! ¿Quién está ahí?

SIRV. Pretende veros

Una tal Isabel, una beata.

ANG. Enséñale el camino. (Vase el sirviente.)

¡Cielo santo!

¿Por qué mi sangre al corazón afluye
 Privándole de acción, y á los restantes
 Órganos de mi cuerpo incapacita?
 Así la turba estúpida se porta
 Con el que se desmaya. Todos llegan,
 Al pretenderle socorrer, á un tiempo,

Privándole del aire necesario
 Que lo ha de reanimar. Del mismo modo,
 Un pueblo que á su rey lealtad profesa,
 Dejando sus quehaceres, con cariño
 Agólpase en tropel á saludarlo,
 Su inculto amor ofensa pareciendo.

Entra ISABEL.

Y bien, hermosa joven.

ISABEL. He venido

Para saber qué decidis.

ANG. Quisiera

Que lo supieseis vos sin preguntarlo.

Vivir no puede vuestro hermano.

ISABEL. Entonces

Que Dios guarde á Vucencia.

ANG. Mas no obstante.

Puede un rato vivir, y ser podría

Que tanto como vos ó yo viviera.

Pero debe morir.

ISABEL. ¿Por vuestro fallo?

ANG. Sí.

ISABEL. ¿Cuándo? os lo suplico, pues durante

El plazo que le otorguen, largo ó breve,

Debe atender á preparar el alma

Para que logre salvación eterna.

ANG. ¡Malditos sean tan inmundos vicios!

El perdonar al que asesina á un hombre

Que la naturaleza ha moldeado

Tan justo es, cual perdonar á gentes

Que en su lascivia con troquel prohibido

Del cielo logran estampar la imagen.

Es tan injusto arrebatar la vida
 Que legítima es con falsos medios,
 Cual derretir en un crisol metales
 Para que lo ilegítimo se acuñe.

ISABEL. Escrito está en el cielo, no en la tierra.

ANG. ¿Eso decís? Pues contestad entonces.
 ¿Qué preferirais vos, que ley muy justa
 Privara de la vida á vuestro hermano,
 Ó de la dura pena redimirlo
 Entregando, cual esa á quien deshonra,
 A dulces impurezas vuestro cuerpo?

ISABEL. Antes, señor, creedme, entregaría
 Mi cuerpo que mi alma.

ANG. Yo no hablaba
 Del alma aquí. Pecado que se impone
 Es un número más, pero no cuenta.

ISABEL. ¿Qué decís?

ANG. No sostengo lo que digo,
 Pues puedo hablar de mi argumento en contra.
 Mas respondedme vos. Representante
 Yo de la ley, sentencio á vuestro hermano.
 ¿Pecado en mí no fuera ser clemente
 De vuestro hermano al perdonar la vida?

ISABEL. Hacedlo por favor. Aunque peligre
 Por ello el alma, llevaré yo el peso;
 Que pecado no es, sino clemencia.

ANG. «Hacedlo por favor, aunque peligre
 Por ello el alma nuestra.» Se equilibran
 Entonces la clemencia y el pecado.

ISABEL. Si al rogar por su vida yo pecase,
 Cielos, ténmelo en cuenta. Si accediendo
 A mi ruego pecáis, en mi plegaria
 Matinal pediré que ese pecado

Se sume con las otras culpas mías,
Y á vos no toque responder.

ANG. Oídme.

No comprendéis el pensamiento mío
Porque harto torpe sois, ó con astucia
Fingiéndomelo estáis, y eso no vale.

ISABEL. Torpe acaso seré, valdré bien poco;
Mas sé reconocer mi insuficiencia.

ANG. Así la discreción al acusarse,
Aun con más brillo aparecer pretende.
Cual el negro antifaz que el rostro cubre
De una beldad proclama á una hermosura
Veinte veces mejor que sin careta.
Pero escuchadme atentamente; quiero
Para que me entendáis hablaros claro.
Morirá vuestro hermano.

ISABEL. ¿Si?

ANG. Su culpa

Le hace, por lo visto, responsable
Con esa pena ante las leyes.

ISABEL. Cierto.

ANG. Suponed que haya un modo de salvarlo.
No sugiero este medio ni ninguno;
Una hipótesis es. Que vos, su hermana,
Hallándoos requerida por persona
Que gran influjo sobre el juez tuviere,
Ó que él mismo ocupara un alto puesto,
Las esposas zafar os fuera dado
Con que la ley potente lo sujeta,
Y de salvarlo medio no existiese
A no ser, supongamos, que dejarle
Quisierais vos morir, ó los tesoros
De vuestro cuerpo deponer. ¿Qué hariais?

- ISABEL. Lo que por mí por mi infeliz hermano
Hiciera yo. De muerte amenazada,
Las sangrientas señales de la fusta
Con orgullo llevara cual rubies.
Me despojara yo para la muerte
Cual si me fuese á codiciado lecho,
Antes que mancillar el cuerpo mío.
- ANG. En ese caso muere vuestro hermano.
- ISABEL. Más vale así. Más vale que perezca
Ahora mi hermano, y no que eternamente
Su hermana muera al pretender salvarle.
- ANG. ¿Tan cruel no seréis cual la sentencia
Que así vilipendiais, en ese caso?
- ISABEL. El perdón y el rescate ignominioso
Son de dos razas. Con clemencia noble
Vil redención no tiene parentesco.
- ANG. Juzgasteis antes á la ley tirana,
La falta al estimar de vuestro hermano
Más bien cual pasatiempo que cual vicio.
- ISABEL. Perdonadme, señor. Ocurre á veces
Que para conseguir lo que queremos
No pensamos aquello que decimos;
Acaso en él lo que detesto excuso
Por razón del cariño que le tengo.
- ANG. Todos frágiles somos.
- ISABEL. Sí. Que muera
Mi hermano si no tiene en su delito
Compañeros y es solo.
- ANG. Las mujeres
Son frágiles también.
- ISABEL. Sin duda alguna.
Cual los espejos son donde se miran,
Que imágenes reflejan y se rompen

Con rapidez idéntica. ¡Mujeres!
 ¡Válgame Dios! Su ingénito carácter,
 De ellas al abusar, el hombre mancha.
 ¡Ah, sí! Diez veces frágiles llamados,
 Que suaves somos como el cutis nuestro
 Y apariencia falaz nos impresiona.

ANG. Es verdad, y en virtud del atestado
 De vuestro propio sexo, y pues supongo
 Que tampoco nosotros hemos sido
 Creados con la fuerza suficiente
 Para contrarrestar nuestras pasiones.—
 Me he de atrever—os cojo la palabra.
 Sed lo que sois. Una mujer. Si acaso
 Sois vos más, no lo sois. Mas si lo fuereis,
 Como vuestro exterior bien lo acredita,
 Mostradlo de una vez y revestíos
 La librea que os cuadra.

ISABEL. No poseo,
 Mi buen señor, sino un idioma solo.
 Habladme, os ruego, el anterior lenguaje.

ANG. Pues claramente: os amo.

ISABEL. Mi hermano amó á Julieta, y me habéis dicho
 Que morirá por eso.

ANG. No, Isabel, si tu amor me concedieres.

ISABEL. Vuestra virtud ya sé que se permite
 Livianidad asumir con el objeto
 De sondear á los demás.

ANG. Lo juro
 Por mi honor; mis palabras manifiestan
 Mi intento.

ISABEL. Poco honor ¡ay triste! tiene
 Quien obliga á creer tan vil intento.
 ¡Oh hipócrita! ¡Oh hipócrita! Os lo aviso.

Os daré á conocer, Angelo, á todos.
De mi hermano el perdón firmad, ó al mundo,
De par en par abierta mi garganta,
El sér que sois proclamaré gritando.

ANG. ¿Quién te creerá, Isabel? Mi limpia fama,
Mi vida austera, el testimonio mío,
Mi posición, anularán tus cargos
De modo tal, que te ahogarás en ellos
Envuelta en el vapor de la calumnia.
He comenzado. Las pasiones mías
Con rienda suelta van. A mi apetito
Acomódate pues, y pon á un lado
Inútiles sonrojos y esquiveces
Que repudian aquello que reclaman.
A tu hermano, entregándome tu cuerpo,
Redimirás; si no, no sólo muere,
Sino que tu crueldad hará que muera
Prolongando el tormento su agonía.
Contéstame mañana, ó, te lo juro
Por la pasión que mi existencia absorbe,
Un tirano con él he de mostrarme.
En cuanto á ti, di todo lo que quieras;
Valdrán más mis mentiras que tus veras.

(Vase.)

ISABEL. ¿A quién me he de quejar? Si lo contare,
¿Quién me iba á creer? Boca terrible,
Donde encerrada está la misma lengua
Que condena y que absuelve, y á humillarse
En su presencia á la justicia obliga,
Pues cebando un anzuelo con lo justo
Y el otro con lo injusto, á su apetito
Deja libre elegir. Veré á mi hermano;

Aunque víctima fué de sus pasiones,
De tal manera en él la honra arraiga,
Que, aunque veinte cabezas poseyera,
En veinte tajos él las depondría.
Antes de que su hermana mancillase
Con tan mortal depravación su cuerpo.
Vive casta, Isabel, aunque en la tumba
Por ello tenga que dormir tu hermano.
Antes su vida que mi amor sucumba.
Sabrá lo que de mí quiere el tirano,
Y ya dispuesto para el duro trance
Su espíritu descansa eterno alcance.
